

2171
Z

i

S

W

A

hojas de arte, letras y polémica

1

cádiz

2



Mentores:

Pedro Pérez Clotet

Rafael de Urbano

redacción :

ahumada número 1

Concretando la escueta definición geográfica primaria, desde sus 36° 31' 55" de latitud Norte, en el cercado de «Gadir», ISLA radiará el contenido espiritual de su rosa náutica hacia los treinta y dos puntos correspondientes a los rumbos en que se divide el horizonte.

Los destellos de su faro atraerán a su costa despierta el cardúmen de escamas tornasoles que el arte y las letras arrojen en su oleaje.

Su piscina, será un acuario, rico en ejemplaridad, entre todos aquellos que existen en la Península.

De su caracola marina, hará una caja de resonancias en la que Pandora y Epimeteo, tendrán su manzana lírica y su serpiente bíblica: carne rosada para el amor y áspid esmeralda para la envidia.

De dentro a fuera y de fuera a dentro, su expresión será universal, aún cuándo su savia nazca del tronco jugoso en que arraiga su cultura milenaria.

En la moderna puerta de su Templo, Hércules muestra su maza vigilante contra los rancios prejuicios de los rezagados.

En el espejo de sus salinas, nueve sirenas se pintarán los labios con carmín, para encantamiento de los que lleguen a su ribera.

Sus páginas renovadoras, serán como gaviotas migratorias que, partiendo de sus aguas cambiantes, llevarán, en los plenos de sus alas, el pensamiento de ayer, de hoy y de mañana, adiamantado en la luz de sus estrellas, enbellecido en los blancos de sus lunas y depurado en las claridades de sus soles.

Receptora y transmisora, ISLA levanta las antenas de su estación a la sensibilidad del mundo.

SOLERA PARA ROCIAR

Como en la bodega el vino viejo para entonar el mosto joven, así la gracia antigua del *folk-lor*.

Pero sin superstición ni beatería. Lo *popular*, no es nunca lo definitivo. Lo *popular* no debe ser admirado ciegamente. Eso es tópico del pasado siglo cursi. Lo *popular* debe ser sencillamente conocido como lo que es: como *documento* para el arte culto; como archivo de magníficos atisbos sin cuajar; como «solera para rociar», en una palabra.

Lo *popular* es un espléndido salero para condimentar las audacias nuevas. Nada más. Un rasgo, un simple recuerdo *popular*, basta, a veces, como una bolita de alcanfor, para hacer incorruptible todo un poema. Así cuando Lorca empieza bizarramente su romance

Y yo me la llevé al río
pensando que era mozuela,

tiene mucho adelantado para compensar y hacer, luego, tolerables su *horizonte de perros* y su *poira de nácar*.

Un rasgo *popular* dá al poema un primer punto de contacto con algo conocido, humano, cierto; un punto de referencia que nos permite ya no perder el camino en la dantesca *selva oscura*. Se vuela con más audacia y a mayor altura, cuando estamos seguros del palmo de tierra llana donde despegamos y a donde hemos de aterrizar. Por eso agudamente al rasgo popular que el poeta culto glosa y sobre el cual torna y retorna, se llama *estribillo*: apoyo y seguridad en el galope. Se puede correr vertiginosamente... pero sin perder el estribo.

Solera de vino viejo, paquetillo de alcanfor, salerito de cristal, eso es lo que en esta página ofrece ISLA a los poetas, al ofrecerle un repertorio *folk-lórico*. Este de hoy es cosecha del Sr. D. Ramón Alcedo, que anduvo por tierras de Despeñaperros, espigando rondas, villa cicos y coplas, todo inédito. El segó y nosotros trillamos: separamos grano y parva. Damos solo el rasgo, el giro que estimamos útil para su oficio de rociar y salar. Oído alerta:

¡ Viva la media naranja !
¡ Viva la naranja entera !
¡ Viva la guardia civil
que vá por la carretera !

(De una canción de aceituneras, recogida en Jaén. Nótese los orígenes del tema poético de la guardia civil, tan querido de Federico García Lorca)

... que vengo del baño,
que del baño vengo,
que de la barquilla
de ver al barquero;
de ver el arroyo
y el agua serena:
de ver mis amores
que se van con pena.

(De la misma canción. Tiene muchas versiones en Andalucía baja)

Señor zapatero
retírese usted:
que soy molinera
lo enharinaré ...

(De una canción jocosa que se canta en Marmolejos y Andújar)

Música vá por la calle:
molinero es el que canta.
Con el polvo de la harina
lleva ronca la garganta.
Música vá por la calle...

(Fandango de Sierra Segura)

Molinerita;
dale a la piedra con aire, que muele,
y si no muele
échale rosas y luego claveles...
¡ y verás con qué gracia la piedra muele !

(Canto de rueda, de Baeza)

.... que se están desgajando
las madroñeras !...

(Seguiriya gitana de Úbeda)

Quando yo me muera
dejaré dispuesto,
en el testamento,
que me han de enterrar
al pié de una cuba
y un ramo de uvas
en el paladar.

(Corro de borrachos.—Jaén)

Cierra ya, morena, la ventana
y abre la celosía del alma.

(Estribillo de un cantar de muleros de Andújar.
Nótese la moderna audacia del ritmo)

La nieve por tu cara
pasó diciendo:
yo donde no hago falta
no me delengo...

Una noche lloviendo
yo me mojaba:
me acerqué a tus paredes
y el sol me daba.

(Seguidillas.— Arlona, Arjonilla, Villanueva de la Reina)

¡ Qué alta que vá la luna
con sus copitos de nieve !

(Rueda de Sabote)

La estrella más reluciente:
mi amor ausente
¡ triste de mí !

(Rueda de Sabote)

Y mil gracias, por habernos cedido las primicias de su trabajo, al Sr. D. Ramón Alcedo, salinero de los montes de Jaén.—J. M. P.

Romance del retorno a la isla

Hercúlea Puerta de España,
cimera de altivo airón;
Atlántida insumergible,
casco de antiguo galeón.
Por insignia capitana,
escoba en palo mayor,
barriste un día los mares,
rival de la rubia Albión.

*Por la Torre de Tavira,
asomas tu ojo avizor.*

Granito de sal morena
que no le derrite el sol;
salinera y salerosa,
salinoso es tu sabor.
Los caireles de tu lámpara
reflejan tu irisación:
piedrecita de cal viva,
blanca en tu blanca ablución.

*Por la Torre de Tavira,
asomas tu ojo avizor.*

Con las bocas de la Isla,
doras tu caparazón;
los peces multicolores
te dan su luz tornasol.
Las piñas de tus pinares
oxigenan tu pulmón.
En tus botas canta el vino
tu alegría y tu dolor.

*Por la Torre de Tavira,
asomas tu ojo avizor.*

Trocaste tus villancicos
por el tango chulapón.
(Bailando estoy tu cangrejo,
de ritmo audaz y zumbón.)

El cante jondo, por nanas,
cambió de tu cuerda el son;
el brujo Manuel de Falla,
dignificó tu emoción.

*Por la Torre de Tavira,
asomas tu ojo avizor.*

Los tabacales cubanos
narcotizan tu ilusión;
en rumba, rumbera rumba,
suena autóctono tambor.
Con palmeras te abanicán
las hijas de Faraón;
Pastora, Pastora Imperio,
danza tu danza mejor.

*Por la Torre de Tavira,
asomas tu ojo avizor.*

La cordillera del Atlas,
cortó tu africano ardor;
chumberas de higuitos verdes
almíbaran tu amargor.
Cactus amarillo y rojo,
morado al primer albor.

*Por la Torre de Tavira,
asomas tu ojo avizor.*

Artífices gaditanos
cíncelaron tu copón;
como Tacita de Plata,
es muy alta tu aleación.

*Por la Torre de Tavira,
asomas tu ojo avizor.*

Atlántida insumergible,
carabela del amor,
sobre bandeja moruna
te sirvo mi corazón.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

2

La niña que se fué...

a Carlos María de Vallejo

¿En qué estrella habrás puesto tu brillo?
¿Entre los gritos de los pájaros,
cual será el tuyo?

Esta mañana he visto
tres plantas nuevas...

Hoy, venía la carreta
cantando
más contenta que nunca,
y brillaba en los ojos del boyero,
un resplandor azul, recién nacido.

Has cambiado de calle solamente.
Allí estarás mejor.
Los trompos han de ser más musicales,
más alegres y claras las cometas.

¿No recogiste aquel globo dorado,
que yo perdí una tarde
siendo niño?

En las plazas del cielo,
por entre las acacias esponjosas,
saltará
el pájaro encendido de tu voz.

El humo asciende
con un color distinto,
y ondula
con un temblor desconocido.

Te has ido
y estás en todo.

Y el agua misma
del corazón,
me va brotando
con un nuevo ritmo.

JULIO J. CASAL.

3

El grave, denso, inmenso fragor del motor planeador,
En el matinal azul vital de un primaveral día de Abril:
Madrid antiguo, Madrid moderno, Madrid futuro, Madrid gentil,
Madrid agreste, Madrid dorado, Madrid celeste, Madrid en flor.

ALVARO ARMANDO VASSEUR.

Yo he lanzado mi disco...

Segador en el viento
de los oros del día,
sediento de equilibrio y de armonía,
¿adonde parará mi pensamiento?

JOSÉ F. DIAZ DE VARGAS.

4

EL CASTIGO

No hay carga más pesada que la del libre albedrío—hemos dicho en otra ocasión—. Hoy nos sale al paso Ibsen, en su Brand, con un disparo turbador, cuajado de interrogaciones: «Cuando Dios quiere aniquilar a uno, le hace individuo, y luego se ríe». Aquella transmigración de las almas de que nos hablaba Platón:—«Por esta razón se cree que las almas oprimidas bajo el peso de las sensaciones terrestres, vagan entre tumbas y se revisten de los cuerpos de animales apropiados a su naturaleza de asnos, lobos, milanos»—ha de trocarse en opuesto sentido acorde con la afirmación de Ibsen por boca del Deán «Acto V—. Resulta la materia al encarnar en obra humana, al «ser» uno, más un castigo que una prueba. «Cuando Dios quiere aniquilar a uno, le hace individuo, y luego se ríe». Es decir: que aquellos seres que merecieron las iras del Señor en otras formas de vida—animales, plantas—por misteriosas e indefinibles e inconcebibles culpas, o bien en la misma forma humana en un primer estado rebañiego, sin voluntad, sin el apuntamiento de un propio carácter, les destruye, les reduce a polvo vil con este sencillo procedimiento: les hace individuos.

Descartemos lo sofístico e irónico del argumento. Tomémoslo en serio. Por desgracia, frente al gigante de afilada individualidad que es Brand, el Deán tiene razón: «su razón». Escuchemos aquellas palabras que preceden y siguen a las transcripciones:

«Nosotros no somos bestias—le dice a Brand—. Pero si queremos recurrir al apólogo, lo mejor es abrir la Escritura, que puede servirnos para todo. Del Génesis al Apocalipsis ¡qué conjunto de admirables parábolas! Espere usted. Sólo mencionaré aquella famosa torre de Babel. Diga usted ¿a qué condujo al buen pueblo? y ¿por qué? Fácil es comprenderlo. Rompieron las filas, queriendo cada uno hablar su lengua e ir por su lado, en vez de permanecer sujetos a la misma obediencia. En una palabra: se convirtieron en personalidades. Es la mitad del hueso que oculta la corteza de esta alegoría: *el hombre solo, está sin defensa, y se pierde el que se aísla*. Cuando Dios quiere aniquilar a uno, le hace individuo, y luego se ríe. Los romanos aseguraban que los dioses, cuando querían perder a alguien, le quitaban antes la razón. Porque estar solo ¿no es estar loco? Sí; todo hombre aislado debe esperar la suerte de aquél Urías a quien David envió a que muriera.»

Se pierde el que se aísla. Efectivamente. Se pierde por lo que se refiere a los demás. Pero sin salir de la Escritura, pasando los siglos hasta llegar al Nuevo Testamento, una voz preñada de sentido y elevada a la más remota cumbre, nos dice que sólo quien pierda su vida, su alma, la ganará; que el grano de trigo que muere fructifica y que la simiente que vive como tal; que no da fruto, muere. Perderse, sí; es indudable. Para los hombres de acusada personalidad cada paso ha de ser una renuncia, un límite. Sólo actúa libre el embriagado. Cuanta más lucidez y responsabilidad, más esclavitud.

Y esto no es obra siguiente al nacimiento ni

susceptible de reformarse en virtud de influencias ambientales o ejercicio de la voluntad. A quien Dios le hace hombre, individuo, no hay fuerza humana que pueda destruirle, deshacerle. Se reducirá su apariencia externa; se amortiguará su resonancia; se socavarán y acortarán sus resistencias. Pero al fin persistirá íntegro su caudal y su esencia, como horada y transcurre bajo la peña la linfa de agua cuyo curso se obstaculiza.

Entre las obras que más exactamente han expresado esta dolorosa realidad, tenemos en castellano una de las mejores, de las más universalmente leídas: «Del sentimiento trágico de la vida». Su autor, don Miguel de Unamuno, es aún más que el propio libro, con su vida y carácter, la expresión de ese tormento hondo, de esa herida de la individualidad abierta en carne humana. El fin de nuestra naturaleza, sea cual fuere el camino que nos lleve a él, es idéntico: haber jugado una carta con plena seguridad de perder. Nos han puesto al tablero y nos han entregado nuestros naipes. Cuanto más cerrados estén nuestros ojos a la consecuencia inevitable, menos infelices.

El peso de la propia individualidad nos abraza, pero al mismo tiempo le consideramos imprescindible. Vivir sin él, fundir todos nuestros anhelos en un ideal, en una pasión, en un esfuerzo; enajenarnos, evadarnos del sentimiento de esa nuestra individualidad, lo consideramos otro suplicio, pero suplicio al fin. La vaciedad del «no ser» es acaso, para el que antes «ha sido», tormento mucho mayor y más intenso. Se uniría el martirio de no ser nada, con el recuerdo lacerante de haber sido algo.

Nuestro Hacedor no necesita trazarnos una línea de conducta. Simplemente al darnos la vida nos hace individuos... o nos entrega para formar parte del rebaño. ¿Castigo uno, premio el otro? ¿A la inversa? ¿Será la expiación hacernos ovejas y no guías, entregarnos como simples ceros a la busca de un individuo, de un pastor, de otro número que nos valore? No sé, no puede saberse. Lo cierto es que al tirar los dados, en el azar operante sobre el vientre materno, resultamos al recibir las primeras cuchilladas de la luz, actores o coro, víctimas o verdugos. Dios se ríe, según el Deán en la obra de Ibsen, porque después se acaba fácilmente su tarea. No necesita intervenir en el aniquilamiento. El rebaño se encargará espontáneamente, en el curso de su existencia, en abrirle la herida, en hacer de su cuerpo entero, todo una herida con lloro de sangre.

¡Señor, Señor! ¿Es para levantar o para humillarnos; preparando una grandeza o extinguiendo una culpa, por lo que nos hace individuos? ¿No tendremos el aliento consolador de la esperanza, aguardando en otro vivir el divino cirujano que restañe y cure nuestra herida? ¿Ríes, como dice el Deán de Ibsen, allí en la penumbra inasequible, docta y sapiente?

¡Señor, Señor...!

TEÓFILO ORTEGA

(Prohibida rigurosamente la reproducción)

6

La casa de los siete pisos

Yo quiero ser el Virgilio
de estos siete
círculos del cielo pobre
tan resignado y alegre.

(Refajos, blusas, enaguas,
sobre las barandas verdes,
fingen, temblando en el viento,
banderas y gallardetes:
tío-vivo de la pobreza
vueltas, vueltas... sin moverse.)

PRIMER PISO

Alboroto de vecinas.
Palabras sin importancia:
muchas más flores que espinas.

Griterío.
Rosal de rosas de sangre:
sangre que no llega al río.

SEGUNDO PISO

La puerta del pescador
con su caña de pescar:
la caña delgada y curva,
triste sauce de la mar...

TERCER PISO

¡Que no fué a la escuela el niño
del mariscador!

Le han buscado siete guardias,
dos concejales jurados
y el mayordomo mayor.

Trotaron calles y plazas,
pero nadie lo encontró.

(Los mares del sur le han visto
que entre aquellas piedras verdes
andaba cogiendo sol.)

CUARTO PISO

¡Ay que la niña morena,
se ha encontrado por su mal
en las playas del Real,
un espejito, en la arena!

Las vecinas:
Desde ayer,
la niña del marinero
¿no parece más mujer?

Casa de vecinos
Barrio de Santa María. — Cádiz

(A la orilla del reguero
¡como tiembla el jazminero
que se empieza a conocer!)

QUINTO PISO

La vecina tiene cara
de limón y de aceituna,
en el fondo de su cuarto
tiene ya lista la cuna...

¿Que te guardará el destino,
rosal blanco, que entre piedras
te irás haciendo camino?

SEXTO PISO

El niño trenzaba sogas.
La madre pone el puchero.
Entre los dos, una tapia
de hostilidad y silencio.

El niño
delgadito y pinturero,
tiene la faja encarnada.
Ya le dicen «el moreno».
No se trata con su madre
porque quiere ser torero.

SÉPTIMO PISO (Azotea)

Sobre las macetas rotas
hacen las flores primeras
telégrafo de banderas
con lanchas y gaviotas.

Y los marinos jardines
descifran, entre las llamas
del poniente, telegramas
de rosas y de jazmines.

Estos son los siete cielos
de la casa de los pobres.
Trajín, vida, risa, gritos,
resignación... y unas flores.

Y todavía en el patio
—alma silenciosa y triste—
el agua verde de enero
prisionera en el aljibe...

JOSÉ MARÍA PEMAN

7

otoño en estío

Piadosa mensajera,
me traes hoy un temprano
gajo de dulce otoño.
Del otoño que va
rodando ahora tan lejos.
Me traes, sí, su redondo
sabor de miel,
su corazón de uvas
transparente.
¡Y con qué amor lo voy
lentamente gustando,
gustando en tí, por tí,
ahora que el fuerte estío
me enrojece las manos.
Exprime bien el zumo
maduro de sus venas,
en esta ardiente siesta
cegadora,
antes de que te marches
con tu dulce mensaje.
Y vuelve.
Vuelve, luego, al llegar
ese lejano otoño,
ya distinta, con otros
recuerdos a mi alma,
con gajos de otros días:
el vibrante recuerdo
del estío, de la alegre
primavera, el saludo
cano, gris, del invierno...

8

noche de todos

¡Oh, esta noche que era tuya,
que era bien tuya, esta noche
que tantas veces me has dado
sin reservas, pura, intacta!
¿Por qué ya—noche todos,
noche universal, mostrenca—
se te escapa de las manos,
del corazón, de los ojos?
¿Por qué ya todos la ofrecen,
sin tí, dueños absolutos?
¿Por qué ya me das tan solo
un pedazo de ella, frío,
anónimo, pasajero,
un pedazo que arrebatas
de su negro cuerpo como
si ocultamente lo hurtaras?
¡Ay, que lejana esa noche
donde tú sola mandabas,
esa noche en que ponías
toda tu alma temblorosa!

PEDRO PÉREZ CLOTET

9

hora única

Hay infancias
en el atardecer de las acacias.

¡Y hay que parar la luz
aquí
en este acecho espléndido de puentes
que huyen hacia un escaparate de modas!

Mirar el agua, el pescador, la piedra
más repleta de anhelo;
la pasión frágil de los reptiles;
la rotura de mil palomas en el aire.

Ese viento no sabe
a precisión de nadie.
Sobre el hombre va abriéndose la presencia del árbol.

¡Qué lejano
del movimiento primero del corazón
parece el trino agonizante de los campos mudos,
el rubio silencio de los probables trigos!

¡Qué escondido voy
y qué
encarnado en la mancha oscura de las aves!

Era desertar de la tarde,
del prado,
de las acequias sin pausa,
de los lejanos árboles;
lejos
de toda verdad florida

¡Verdadera parece
la sombra lejos de su misma esencia!

Sin vacío
las horas de los huecos más celestes
revientan en los cauces,
en los
suspiros que demandan un auxilio
o un brazo solitario con olor de bondad.

¡Que soy de esta luz,
de esta
absorta luna,
de estos cielos tristísimos,
de esta
mano que busca al mundo, como un ciego!

JOSÉ MARÍA LUELMO

10

letras a Silvia Sidney

1

Carita redonda y plata de tanto mirar a la luna distante caída sobre el agua quieta, diversión de lo verde. Se estremece con frío de cuchillo, atónita en la contemplación del impreciso albor que presagia el trance inminente.

Sueños, ensueños, rizar el rizo en sus ojos, clara atmósfera de cielo. Pasión de gentes dóciles, caladas de timidez, de ansias remansadas a través de una extensa teoría de infecundos deseos, afanosas de luminosos ámbitos bajo rebrillar de estrellas.

2

Sonrisa boba, blanca y desnuda, frágil, inquebrantable, apoyatura de convalecencias y de angustias. Sonrisa chica como el asombro ubicado en su rostro por el destino triste de la pobre catleya desmayada en los yertos brazos de un búcaro después de haber reposado un instante sobre la curva palpitante de un seno de mujer.

¡Asombro de inocencias en el frunce de los labios que Gary frente al mar ha cubierto con su boca cuando de lo alto de una ola descendía a besarle los pies espuma de nieve hecha con lágrimas de peces relucientes y el vaho de la noche escintilaba en su frente como un deseo!

3

Hoy nube lejana: gozo y fervor de la insignificancia.

RICARDO GULLÓN.

11

Pesadilla de la puñalada

Vueltas, revueltas de esquinas
en noche de nubes pardas.
Los aires están cantando
funerales en mi alma.
¡Yo la maté, Comandante!
Me parece contemplarla:
Clavel sobre pan moreno
era su sangre en su cuerpo.

¡Yo la maté, Comandante,
sin saber que me mataba!

Vueltas, revueltas de esquinas
en noche de nubes pardas.
¡Las tres van dando, Civil!
Y allá van, corren que corren,
en busca de cuatro estrellas
para enterrar a mi muerta
con tierra del Albaicín.
Los aires siguen cantando...

*Estrellas enterradoras
en noche de nubes pardas
enterrar con su cadáver
el cadáver de mi alma.*

RAFAEL DE URBANO.

homenaje

El 7 de Marzo de 1950 murió FERNANDO VILLALON. Entonces montaba en plenitud a través de los motivos líricos andaluces su jaca de inspiración. Cuando más reían los sentires esconzados de Andalucía la baja, al encuentro de sus imágenes reflejadas, pájaros negros se bebieron el azogue. Aún esperan los toros y los caballos—sus amigos— en la tarde solemne de la corrida y en las horas calurosas de las tientas, la aparición varonil del poeta labrador y ganadero.

ISLA le trae aquí, a su página *homenaje*, como si estuviera con nosotros. Su espíritu vibra en lo que nos dejó. Y con nosotros estaría, si al no malograrlo los cuernos de su enfermedad, aún palpitase, en impetuosa vitalidad, su aliento joven, lleno de anhelos hacia una nueva estética.



Giralda, madre de artistas,
Molde de fundir toreros,
Dile al Giraldillo tuyo
Que se vista un traje negro.
Malhaya sea Perdigón
El torillo traicionero.
Negras gualdrapas llevaban
Los ocho caballos negros;
Negros son sus atalajes
Y negros son sus plumeros.
De negro los mayores
Y en la fusta un lazo negro.
Mocitas las de la Alfalfa;
Mocitos los pintureros;
Negros pañuelos de talle
Y una cinta en el sombrero.
Dos viudas con claveles
Negros, en el negro pelo.
Negra faja y corbatín
Negro, con un lazo negro,
Sobre el oro de la manga,
La chupa de los toreros.
Ocho caballos llevaba
El coche del Espartero.

FERNANDO VILLALON

nueva Celestina

1

Para el estudio de Celestina, tan mal comprendida generalmente por los que de ella se han venido ocupando, son indispensables las páginas densas y luminosas que a la tragicomedia inmortal le dedica Ramiro de Maeztu hace algunos años. Su trabajo significa un gran paso para la exacta comprensión de la inquieta vieja. Maeztu no ve en ella ese tipo perverso, ese genio del mal, que Menéndez y Pelayo, utilizando las más negras tintas, se complaciera en dibujar. «Comprendo—escribe Maeztu—el sentimiento de grandeza que el maestro experimenta ante la figura de Celestina, pero no puedo ver la vieja mediadora como el *sublime de mala voluntad*, ni mucho menos como la *ciencia de mal por el mal*. Celestina, continúa, «es demasiado interesada y utilitaria para dedicarse al mal por el mal». Entre las vagas sombras del mal había de ver ella, para ir a él, la clara almendra de su propio provecho. Es más: con tal de conseguir éste, es hasta capaz de embarcarse en el bien...

Pero Celestina tiene también otra finalidad, otra imperiosa razón de ser. Celestina, diligente mediadora del placer, también vive, también se afana, para calmar, con su experiencia y arterias, los fuegos amorosos de los demás. Y Maeztu insinúa a este propósito algo de suma importancia: que la astuta vieja obra de buena fe; sin segura conciencia de que pisaba terreno ilícito, vedado. Ella sabía bien que muchas personas afeaban, censuraban duramente su conducta. Pero ¿por qué la opinión de esas personas iba a ser más sólida que la suya, su manera de vivir más tersa y loable que la suya?

Maeztu enfoca certeramente tan importante problema de Celestina. Con fino instinto. Con noble amplitud. Pero aún se pueden apurar sus apreciaciones. Sustituir por trazos firmes esas líneas débiles, algo imprecisas, que aún quedan en el retrato que él hace de la vieja. Aún puede llegarse a más. Y ciertamente no hay que esforzarse mucho para lograrlo. Basta para ello acercarse a Celestina sin prejuicios, sin prevenciones. Con espíritu humano, tolerantes, moderno. Con ademán sencillo y cordial. Conversar con ella algunos ratos familiarmente. Trabajar con ella una franca y llana amistad...

Y esto es lo que ha hecho Teófilo Ortega en su reciente y bello libro «Hervor de tragedia». Y por eso, completando la visión de Maeztu, ha logrado interpretar una nueva Celestina, más humana, más rica, más interesante, que las anteriores. Una nueva Celestina que sabe despertar a su alrededor, por encima de los reparos que se puedan—y tanto como se pueden—hacer a su conducta, una profunda simpatía. Esa profunda simpatía que se siente hacia todas las personas rectilíneas, sinceras, consecuentes consigo mismas; hacia todas las personas que saben hacer de sus vidas, gallardamente, una limpia proyección de almas.

2

¿Recordáis aquella escena patética de Magda, el famoso drama de Sudermann, en que el padre

de la protagonista, un buen día en que ésta retorna fugazmente al hogar de su infancia, después de haberse embriagado con todos los alcoholes de la libertad, la estrecha para que le abra el pecho y le confiese si ha conservado intacta la flor de su pureza ante las vehementes incitaciones del mundo? «Sólo una cosa te pido, hija mía—le dice su padre—, y te lo pido con toda mi alma... que me prepares la paz para la otra vida. Dime solamente que has permanecido pura de cuerpo y de alma». Y Magda, la hija rebelde y mundana, le responde sencillamente: «He permanecido fiel a mí misma». Insiste el buen padre, que no alcanza a comprender bien la contestación de Magda: «Pero... ¿fiel al bien o al mal?» Y entonces ésta, ya presa en la angosta hoz de la interrogación paterna, contesta resueltamente: «A lo que para mí era el bien».

Así podría responder también, al hacerle análogo pregunta, Celestina, sustentadora, como cualquier heroína de Sudermann, o de Ibsen, de una nueva moral, personal y libérrima.

Celestina es también fiel a sí misma. Fiel a su íntimo concepto del bien. Y de aquí su grandeza. De aquí su valor humano y eterno. Por ser fiel a sí misma, hace lo que hace, sencillamente, sinceramente convencida de que no hace nada reproachable. «Se hace el mal—escribe Teófilo Ortega—cuando no se sabe y se conoce al mal, cuando no se ve, cuando no se comprende». «Por eso Celestina vivía; traficaba con la doncellez fragante, con el apetito impetuoso, pero no sabía que con ello producía ningún mal». «Celestina reía al final de la jornada, como ríe abierta, candorosamente la viejecita con su nieto en brazos».

Ya ha quedado bien lejos esa Celestina nacida para el mal, de Menéndez y Pelayo; ese Celestina tradicional: interesada, avara, egoísta. Ya Celestina es otra cosa muy distinta. Sencillamente, una persona que por encima de su propio interés se preocupa del interés ajeno. Que no cuando coje unas cuantas monedas, sino cuando vé alegres a los demás, cuando procura a los demás unas migajas de placer, es cuando sus ojillos brillan más satisfechos y su arrugado rostro se abre en más expresiva sonrisa. Y que se dedica a eso, a su profesión de mediadora del placer prohibido, limpiamente, honradamente. Con alto corazón y tranquila conciencia. Una persona, en fin, que lejos de hacer el mal por el mal, como antes se quería, es el bien por el bien lo que hace... Su mal, si es que hay algún mal en ella—dice Teófilo Ortega, con palabras que resumen su punto de vista sobre Celestina—«es mal humano y sincero, mal inevitable e inconsciente». O lo que es lo mismo, mal que aunque en sí lo sea, no lo es para ella, a quien salva su clara y recta intención. Para ella que jamás llegaría a comprender que calmar el deseo amoroso de los demás y proporcionarles un rato de dulce felicidad, es cosa peor que acercar la fuente al sediento, que dar la libertad al prisionero, que llevar un puñado de sol al infeliz que muere en perpétuas tinieblas...

P. PÉREZ CLOTET.

T. S. H.

«BOLETÍN ÚLTIMO»

Nos ha llegado el primer número de esta simpática Hoja literaria, que publican en Madrid un puñado de escritores jóvenes. Contiene bellos originales de José Ramón Santeiro, Ildefonso M. Gil, José Antonio Maravall, Ricardo Gullón, José A. Muñoz Rojas. Un sumario que es un claro exponente de las inquietudes del momento. Le deseamos largos éxitos a tan selecta publicación, que al igual antes BRÚJULA — lanzada a los vientos de España por las mismas manos diestras — señalará siempre — no lo dudamos —, nortes espléndidos de arte.

«TELENO»

Otra revista. En promesa. Otra revista que según nuestras noticias verá pronto la luz en León. Revista de acento nuevo, actual. Excusado es decir cuánto nos alegra su anuncio. Tan faltos como estamos en la hora presente de estas clases de empresas bellas y desinteresadas. En medio de este tupido silencio poético actual, que nuestra ISLA se atreve a romper hoy modestamente.

«BAJO EL HECHIZO»

Del otro lado del Océano, Eros se ha embarcado en este bello libro de Raquel Sáenz, la poetisa uruguaya, trayendo los ojos vendados con la cinta del Ecuador. Esta hermana apasionada de la trágica Delmira Agustini, dueña afortunada de la almohada de los sueños y que como dijera a su tiempo el malabarista Ramón Gómez de la Serna, es, en realidad, la almohada de los insomnios deliciosos, reedita nuevos episodios, de su apasionado corazón, hondamente femenino. En las bellezas que lo exaltan, por haber «dejado la vida en un beso, y estar sin besos su vida».

Bajo la acción sugestiva de este hechizo, ahondamos en su alma receptora de pasiones enervantes, de deslumbramientos aurorales, en espera de la noche prometida de sus ojos profundos, abiertos hacia nuevos horizontes, cuando se despierten de esa embrujada quietud de soñar.

Fatigada de este largo vuelo sobre el mar, esta suave alondra de terso plumaje, ha quedado en nuestras manos trémulas de emoción, con temblor de alas, durmiéndose una vez más al arrullo de sus poemas, bajo el hechizo de este gran corazón rojo de ternura y blanco de ensueño, en la jaula en que aprisiona sus anhelos como uno de

«Sus pájaros ebrios
de celeste alcohol»

JULIO R. BARCOS

«Política para intelectuales», es un libro de combate. Su autor es un valeroso e inteligente periodista argentino, que sufrió en Montevideo, la persecución de la dictadura de Uribe. La fuerza moral de este libro de ética revelan la empuñadura democrática de Julio R. Barcos, en toda su cultura educacional que arranca en Sarmiento, pasa por Vaz Ferreira, y se identifica con Giner de los Ríos y Ortega y Gasset. Como dice Gabriela Mistral, su palabra pura y su filosofía de experto sociólogo, se muestra «vigilante de la honra argentina».

«MAQUINAS»

Es un libro marxista con el que Juan Carlos Welker, el poeta de «Muchacha del alma verde», oriundo del Uruguay, expresa su afirmación revolucionaria. Veinticuatro capítulos de fuerte estructuración. Tiene repiqueos de ametralladora. Es hondo y apasionado, pero humano. Cruel en su fondo y en su forma como las almas de sus protagonistas, encallecidas por el dolor y por las luchas redentoras. De su orientación extremista y de su prédica exaltada nos da su justificación el autor, que dedica su novela: «in memoriam» Vladimiro Ilitch Uliánov (Lenin).

HACIA UN OBLIGADO HOMENAJE

Obligado, sí, queridos amigos de Jerez, queridos amigos del Ateneo, es el homenaje hace tiempo proyectado a la memoria del inolvidable Paco Ragel — «Martín Ferrador» —, muerto prematuramente, cuando más se podía esperar de su maduro talento y de su amplia cultura. Homenaje que podría — que debería — consistir en una recopilación de sus trabajos, desperdigados por diversas publicaciones, y aun muchos inéditos. ISLA, que cuenta entre sus animadores algunos de los que fueron más entrañables amigos de Ragel y más fervidos admiradores de su labor, desea ver pronto hecho realidad ese merecidísimo homenaje. Acaso sólo falta, para llevarlo a cabo, que alguien se encargue generosamente, de recoger y encausar la opinión favorable al mismo, viva y robusta, aunque dispersa.

PICASSO

Los arlequines y los polichinelas, y las mujeres monstruosas que la inspiración de Pablo Picasso — el malagueño — concibieran, se han cobijado en las Galerías Georges Petit, de París. Exposición retrospectiva. Éxito clamoroso. Cien francos el catálogo. ¡Y España en la luna!... Las Bellas Artes aún no han revuelto sus aguas estancadas. ¿Hasta cuándo la peste envidiosa y las cañerías obstruccionistas en las piscinas monopolizadoras del espíritu?

¿Y ESA ANTOLOGÍA?...

¿Y esa Antología poética que preparan Maravall y Muñoz Rojas? ¿Cuándo hemos de verla por los escaparates, en nuestras manos, fragante y tentadora? Después de la Antología parcial, limitada, de Gerardo Diego — recibida con demasiados aspavientos, con demasiadas acritudes — venga en buena hora esa otra amplia, general, que nos ofrezca — en cuanto ello es posible — el panorama completo de la poesía moderna española. Desde ahora prometemos ocuparnos de ella con la amplitud merecida.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO

Tras un año de ausencia, está de nuevo en la Isla. A su regreso de América, desembarcó por Vigo, pasando por Madrid. En Montevideo, su ciudad natal, donde permaneciera seis meses, habló de nosotros: de España. Y habló bien; porque Carlos María de Vallejo, cuando habla de esta tierra, tan suya, lo hace con el corazón. Visitó la Argentina, el Brasil y Portugal, derivando luego hacia París. En todas partes, clavó su flecha india en el blanco de la incompreensión. Viajero irreductible, ha desembarcado y embarcado en muchos puertos, penetrando en muchas ciudades. Animó su cultura y su pensamiento ágil en esta su reciente etapa de andarismo trasoceánico. En su «rien que la terre», habrá visto más y mejor que Paul Morand. Su percepción del paisaje es clara, rotunda, elegante. Así nos lo revelará en su «Piel de Toro», en la que fijará su película española, obra inédita que trae en su maleta cuajada de rótulos multicolores. Ni novela, ni poemas; prosa, simplemente. Orientación subjetivista. Turismo. Pero hay más. Vallejo, trae también un libro de versos. Es un libro para niños y para hombres. Glosarios de rondas infantiles. Romances de evocación inocente. Lo publicará muy en breve. ¿Su título? «Los maderos de San Juan». Lo ilustran el pintor Méndez Magariños y el músico Cluzeau Mortet. Ambos uruguayos, ilustres como Picasso y como Falla.

Vallejo, ha vuelto a la Isla, trayéndole desde Madrid, una copla en romance. Consignamos el suceso con regocijo y le saludamos con tres destellos de nuestro faro.

«TRASLUZ»

Este título que marca una orientación y a la vez encierra una bandera de modernidad, es un resumen de los cincuenta versos que Pedro Pérez Clotet ha recogido en un libro.

Será un volumen en la colección ISLA. Su salida, muy algo nuestro. Son muy necesarios estos esfuerzos líricos en el ambiente español. La colección ISLA con *Los Maderos de San Juan* de Carlos María de Vallejo y éste *Trasluz* de Pedro Pérez Clotet, ambos en imprenta, salta la raya de los horizontes, para colocarse en el centro estético de la actualidad universal.

«HEROE»

Cuaderno de poesías. Impresores: Concha Méndez y Manuel Altolaguirre. En el n.º 1 Juan Ramón Jiménez, pinta en el tablero de la heroicidad española los ángulos líricos de Manuel Altolaguirre. De aquí el frontis. Después originales de Pedro Salinas, Federico García Lorca, Aleixandre, Luis Cernuda, Concha Méndez y Manuel Altolaguirre. El aire de este cuadro nos hace abrirle los pulmones. Son buenos. Desde esta meseta hermana un ¡hurra! con veinte palomas blancas.

BOLIVAR Y ANTUÑA

En el paraninfo de la Universidad de Montevideo, José G. Antuña, poeta, escritor, estadista y político uruguayo, ha pronunciado un enjundioso discurso sobre la personalidad del libertador.

Después del juicio de Rodó sobre Bolívar, la disertación realizada por el autor de «Los viejos ritmos», elocuente y lírica, perfila la figura del prócer, en todo su símbolo americano. Traza en bella prosa, su significación y su prosapia, en trilogía exaltadora, digna de todo encomio.

Nuestra congratulación más efusiva al eminente diplomático uruguayo y a la «Sociedad Bolivariana» por la palabra consagratoria que encierra su publicación en opúsculo.

SUMARIO

VERSOS

- 1 *Romance de retorno a la Isla*, por Carlos María de Vallejo.
- 2 *La niña que se fué...* por Julio J. Casal.
- 3 Por Alvaro Armando Vasseur.
- 4 Por José F. Díaz de Vargas.
- 6 *La casa de los siete pisos*, por José María Pemán.
- 7 *otoño en estío*, por Pedro Pérez Clotet.
- 8 *noche de todos*, por Pedro Pérez Clotet.
- 9 *hora única*, por José María Luelmo.
- 11 *Pesadilla de la puñalada*, por Rafael de Urbano.
Homenaje, por Fernando Villalón.

PROSA

- 5 *El Castigo*, por Teófilo Ortega.
- 10 *letras a Silvia Sidney*, por Ricardo Gullón.

Cádiz : 1932
Imp. Salvador Repeto
Marqués de Cádiz, 5

2 Ptas.